



# MADRID NEGRO

Edición de Ernesto Mallo

Marta Sanz, Alfonso Mateo Sagasta, Juan Aparicio Belmonte, Lorenzo Silva, Vanessa Monfort, Patricia Esteban Erlés, Berna González Harbour, Jesús Ferrero, Fernando Marías, Andrés Barba y Domingo Villar. Esta antología reúne a algunos de los autores más destacados de la novela negra en castellano, en un recorrido criminal por los barrios emblemáticos de la ciudad de Madrid.

## La ciudad y sus temblores

Cuando tramamos esta antología con Ofelia Grande, sabíamos que los autores convocados iban a producir cuentos de muy buena calidad, pero no imaginamos las alturas que alcanzarían. En conjunto representan un recorrido por algunos de los barrios de Madrid conforme con lo que cada autor eligió. Esta colección de cuentos también traza la cartografía de los humores de la ciudad, de sus inquietudes y de sus íntimas perversiones. Claramente diferentes en cuanto a enfoque, estilo y propuesta, la compilación sin embargo parece orquestada, como un mecanismo de relojería armónico, como si los escritores se hubiesen puesto de acuerdo. Asimismo, es una representación clara de la cultura urbana, de sus multitudes y de sus soledades, de sus encuentros y desencuentros. Un paseo que se regodea en la exquisita ironía de Marta Sanz que echa por tierra la modernidad complaciente; la preciosa escritura de Alfonso Mateo-Sagasta no desprovista de un humor serio y por tanto más eficaz. Belmonte nos regala una historia de complicidades, quizá la forma más elevada de solidaridad. Lorenzo Silva muestra sin pudor alguno su lado más aleccionador recordándonos con cuánta frecuencia un homicidio puede ser un acto banal. Los hijos y la relación con ellos son la materia prima de dos cuentos: el de Vanessa Montfort, que nos electriza con la historia de una niña muy especial y un médico que no le va en zaga; el otro, salido de la pluma de Berna González Harbour, nos remite a las tensiones extremas que se producen con el ex y con los hijos. Patricia Esteban Erlés nos presenta la intrincada relación entre un mé-

dico forense y su examinada, y nos hace pensar que las personas se parecen cada día más a la materia con la que trabajan. Jesús Ferrero nos lleva por el intrincado sendero de una relación triangular, que tiene como escenarios Madrid y Berlín, entre una madre, su hija y un hombre cruel, entre la distancia y la muerte. El cuento de Fernando Marías retrata la paranoia de la gran ciudad, una conspiración que nos atrapa y que no sabemos a ciencia cierta si es auténtica o solo producto de nuestra imaginación, una historia que respira con tal intensidad que corta la del lector. Andrés Barba sorprende con una técnica inédita: narrar utilizando únicamente citas, que terminan por conformar un abanico de opiniones sobre las que se construye la historia. Remata la colección la narración de Domingo Villar en la que nos interrogamos sobre cuándo termina una venganza, cuándo quedamos saciados, compensados de un terrible daño que nos han hecho.

Pasión, sexo, muerte, delirios urbanos desnudados por una decena de los escritores que se encuentran entre los más destacados del mundo hispanoparlante de estos momentos. Con enorme orgullo presento al lector esta colección de relatos, con el muy sincero deseo de que Dios los ampare.

ERNESTO MALLO

MARTA SANZ  
Jaboncillos Dos de Mayo

*Malasaña*

1

Todas las mañanas abro los balcones y miro el punto de fuga de mi calle hacia el cielo. Las líneas se van estrechando hasta juntarse y yo descanso la vista perdiéndola en algún lugar impreciso. Es una acción geométrica e higiénica. Después me fijo en algunas cosas un poco menos metafísicas. No se puede andar siempre en el limbo: mi vecino de enfrente sale a su balcón minúsculo a tomar el fresco en camiseta y se sienta en una silla de playa como si viviese en un pueblo. Yo hago lo mismo por las tardes a la entrada de mi pequeño negocio. Porque esto antes era una irreductible aldea gala. Un Brigadoon. Hoy nos parecemos más a un parque temático o a un *shopping center*, y casi todo lo decimos en inglés: *hemp store*, *greek food*, *smart phone*, *gay friendly*... En el balcón contiguo al del hombre de la camiseta, una mujer, que debe de ser editora de una revista femenina, mantiene larguísimas conversaciones telefónicas. Habla estresada y con una voz aguda que hace pensar en pájaros. Utilizo la palabra «pájaros» en general, para no

usar un pájaro feo en particular. Lleva unas gafas con una montura que le tapa casi toda la cara. Por la voz, yo diría que es una tía horrorosa. Con el tabique nasal desviado y ojillos de cuervo —el pájaro ha echado por fin a volar—. Habla para que todo el mundo se entere: «No, le he dicho que no podemos hacer la portada con ese tres cuartos. ¿Que se ha puesto malita? A las diez la quiero en el estudio». La mujer, que en realidad es una señora inflexible, a veces organiza fiestas en su *loft*. Los invitados salen a fumar a los balconcillos. La editora de la revista y sus amigos me enferman. Yo fumo tranquilamente dentro de mi casa y hablo por teléfono sin que nadie me oiga. Preservo mi intimidad. Soy un hombre respetuoso que está enamorado de una frutera.

## 2

Todas las mañanas, después de descansar la vista dejándola bambolearse sobre un lugar impreciso, me dejo de geometrías y nubes de pedos, y me convierto en un hombre de acción. Me tomo un café con leche en uno de los pocos bares como Dios manda que quedan en mi barrio. Mi elección es una elección militante. La grasa —grasa polimorfa, magnífica, excelente grasa sabrosa— de los churros dibuja estampados adamascados en la superficie de mi café. Por motivos profesionales, sé mucho de estampados, bibelots, lamparillas y porcelanas. Pero no soy marica. En el bar converso con Paquito, el dueño, mientras él coloca los torreznos y las gambas con gabardina sobre la barra. A veces fríe unas alitas de pollo que impregnan con un inconfundible aroma los recovecos del bar. El barrio cambia de un día para otro y a menudo no reparo en que ha echado el cierre una bodega donde dispensaban vino a granel o una relojería de las que aún arreglaban las tripas y el aparato circulatorio de los relojes. «Suizo. ¡De primera calidad!», me ins-

truía no hace tanto Germán, el relojero. Ahora ya nadie arregla nada, ahora jugamos a fabricar cosas como si fuésemos niños: platos de alta cocina, alacenas, pitillos liados. Yo antes iba mucho a un local donde un manitas te reparaba igual una plancha que un transistor. Ya no hay transistores. Me gustaba verlo mirar y remirar un artilugio, por abajo y por arriba, toquetearlo, buscarle el misterioso habitáculo de la pila contaminante, hasta encontrar la falla. El punto de débil. Paquito es mi toma de tierra. Mi espía. Yo soy demasiado quijotesco. Pero Paco es un gran observador: «Han abierto otra tienda de bicicletas», «En la Corredera baja, ¡otra peluquería!». «Y otra óptica de esas donde solo venden modelos de gafas para la hormiga atómica». «Otra barbería pija. No quiero ni pensar lo que deben de cobrarte ahí por un afeitado. Y a qué se saldrá oliendo. A composta de manzana. No, no lo quiero ni pensar». «¿Has visto esa tienda de *curiosidades*, Blas? Un cojín con forma de paletilla de jamón es una *curiosidad*, Blas». Paco y yo no vamos a quedarnos de brazos cruzados mientras nuestro territorio es invadido por seres y costumbres alienígenas. En lo que a nosotros respecta se está acabando el mundo. A través de las paredes, los fantasmas nos gritan que no los dejemos solos. Un bailarín de chotis, un churrero, un viejo roquero de los que nunca mueren, el dueño de un colmado a la antigua usanza. Los jubilados nos aplaudirían si conocieran nuestras purificadoras intenciones. No se trata de nostalgia, sino de repeler al invasor de este barrio de héroes de la guerra de la independencia. Paco y yo seremos el ozonopino de las calles. La furia insecticida contra el enemigo-cucaracha.

## 3

Todas las mañanas, tras el café, hago mis compras. Azucena ha nacido aquí y ella también ha visto cómo las calles se

iban transformando hasta adquirir un color —rosa chicle, anaranjado, vainillita...— y un olor a *cupcake* que no le resulta familiar. Los olores que suelen complacernos son los que nos resultan familiares: el cocido de los menús de los miércoles, el flan chino Mandarín que me preparaba mamá. «Estomagadita estoy, Blas, estomagadita», me dice mientras me pesa unas picotas que tienen una pinta excelente. En la frutería, Azucena está maquillada desde las siete en punto, con las puntiagudas uñas pintadas de rojo y el pelo teñido de peluquería; es una cincuentona absolutamente artificial y nada *nude*, que es como se llevan las chicas ahora. La frutera de mi corazón despacha al ritmo de la música de AC/DC o Black Sabbath. Todo lo demás le resulta *light* a mi frutera. Cuando éramos jóvenes tuvimos un rollo y yo le regalé un disco de Mecano que acabó con nuestra relación en cinco minutos. Ahora he aprendido. Azu siempre era la última en salir de los garitos de *rock* de la zona y se fumaba unos trompetones de tres papeles impresionantes. Ahora la tienen quemada las tiendas de marihuana terapéutica —«¡Me descojono yo de la marihuana terapéutica!»— y esos mercadillos de verduras ecológicas donde te venden patatas florecidas y melocotones picados. «A precio de oro, Blas». Azucena saca aún más brillo si cabe a una de sus preciosas manzanas parafinadas. Y me la mete, de regalo, en la bolsa. Es mi Eva. Me guiña el ojo. Me encantaría que Azucena fuese mi media naranja y mi rodajita de melón, así que me siento eufórico cuando la frutera roquera me dice que se nos ha unido. Paquito, el tabernero, y yo hemos organizado un comando y Azucena me confirma su adhesión mientras compro medio kilo de judías verdes y un calabacín: «Me uno, Blas. Esto ya pasa de castaño oscuro». Ella me sonrío y yo me la imagino enfundada en nuestro mono de camuflaje contorsionándose como Catherine Zeta Jones. Va a ser una eficaz lugarteniente. Una capitana valerosa. Nuestra enfermera si salimos heridos en una emboscada. Azu, mi vendedora de néctares y frutas, huele a apio de

sopa hecha en casa y a fresas salvajes. No la llaméis nunca verdulera. No os lo podría perdonar.

## 4

Me llamo Blas Zulueta y soy anticuario. Compró y vendo objetos imposibles. Por ejemplo, cojines tapizados en telas adamascadas o una copa de cristal violeta que esconde en su interior un ratoncito de alabastro. Enganchado al filo de la copa, un gato siamés, también de alabastro, escruta al ratón. A veces, Azucena me dice que, en realidad, los objetos que yo compro y vendo son igual de inútiles que los de las nuevas tiendas de *curiosidades*. «Si me apuras, son incluso más inútiles, Blas». A Azucena le gusta meter el dedo en la llaga: «En las tiendas de *curiosidades* por lo menos venden alfombrillas para el ratón, termómetros de vino y relojes que marcan la hora al revés». Es una borde, pero a mí me tiene cada día más enamorado. Llevo varios meses inflándome de calabacines y judías verdes, que son las dos únicas verduras u hortalizas que puedo comer sin que me dé colitis. Desconozco las genealogías de las especies vegetales y solo me interesa el nombre de una flor: Azucena. Ella y yo nos hemos unido mucho desde que pertenecemos al comando. Como no tengo muchos clientes, algunos días al caer la tarde, ella me hace una visita y nos sentamos a la puerta de mi negocio para planificar nuestros ingenuos crímenes con la connivencia de ciertos policías municipales que hacen la vista gorda. Paquito se nos une en cuanto ve que puede dejar solo en el bar a Agustín, un camarero de los que aún llevan pajarita, pasan la bayeta por encima de la barra y, al recibir propina, cantan: «¡Boootel!».

## 5

Empezamos a acometer acciones de sabotaje con nocturnidad y alevosía. Resulta muy difícil porque las calles de nuestro barrio casi nunca están completamente desiertas. Por la mañana, la gente sale a trabajar, los niños van al colegio y los repartidores dejan sus furgonetas en medio de la calzada para descargar cajas de cerveza o de refrescos. Luego salen las mujeres arrastrando sus carritos para hacer la compra. Otras están permanentemente apostadas en sus barandillas, oteando cualquier acontecimiento de la calle, cómplices de imaginarios somatenes. Por la noche, las mujeres salen a la fresca en camisón y riegan con cubos de agua sucia a los alborotadores. En el segundo B del número 20 de mi calle hay una señora momificada hace años: parece uno de esos maniqués con que los modernos adornan sus balcones. La única diferencia es que esta mujer no está desnuda ni es calva como los maniqués de plástico, sino que lleva el pelo de lavar y marcar, muy arregladito. Es muy probable que tanto la momia como las espías en batín silenciasen nuestros crímenes. O que, si avistaran un peligro en lontananza, graznasen como ocas que defienden el cotarro de los mismos granjeros que después van a sacarles a lo bestia el foie. Los turistas japoneses hacen fotos a los azulejos de la farmacia que anuncian emplastos porosos y Diarretil Juansé, y los profesores de instituto les explican a sus alumnos quiénes eran los personajes cuyos nombres están escritos en el centro de placas conmemorativas —Rosa Chacel vivió en la calle San Vicente Alta— o por qué otra calle se llama Daoíz y Velarde, Manuela Malasaña, Ruiz. Los niños disparan con sus móviles y nosotros no queremos ser atrapados en una imagen para la que no hayamos posado previamente. La Interpol podría descubrirnos en uno de esos descuidos. Entramos en los supermercados con gorrita de visera. Manchamos con aerosoles de pintura los ojos de las cámaras que vigilan ciertas calles. Cualquier precaución es poca. Por la tarde, los transeúntes se meten en los

café para jugar al Risk o al Monopoly y, ya de noche, los locales de copas abren sus puertas y la chavalería empieza a hacer botellón congregada alrededor de coches y portales. Buscan huecos que ocupan parasitariamente. Aprovechan cualquier recodo, el escalón de cualquier portal. Convierten en un pisito de estudiantes cuatro metros cuadrados de adoquín, como aquel mendigo que una vez me llamó la atención: «¡Tío, estás pisando mi casa!». Yo, como casi siempre, iba distraído como un idealista cualquiera. Las calles de madrugada, incluso entrada la mañana, albergan a los últimos de la noche y enseguida vuelven los que salen a trabajar y se encuentran con los últimos de la noche, vomitando al pie de una farola, las mujeres con sus carritos y los transeúntes japoneses o nacionales. El producto interior bruto. La pata negra.

## 6

Así que resulta difícil encontrar el momento para llenar de parafina las cerraduras de una de esas falsas mercerías donde te enseñan a hacer punto o vainica doble, trabajitos manuales, a pintar jarrillos de barro. Antes estas enseñanzas las dispensaban las monjitas y si el derecho no te quedaba igual de bonito que el revés, si te salías de la línea del ojo de la pastorcita de escayola, te arreaban una colleja. *In illo tempore* en que aún se traducían textos del latín. Hoy, cuando encontramos ocasión, rompemos los cristales de dispensadores de polos fosforescentes pero *ultranaturales*, de *sushi*, comida griega, hamburguesas de carne que no es carne o helados de yogur. Hacemos pintadas en centros de yoga, *fitness*, pilates, músico, fisio, psico o aromaterapia. «Mariconadas», dice Paquito. Yo lo que no entiendo son las ganas que tiene la gente de sudar.

## 7

Nos ponemos una capucha para hacer nuestros sabotajes, pero a Azucena se le ve el pelo rubio de roquera teñida por debajo del verdugo. Está despampanante enfundada en cuero negro. Disfrazada de malota, como a ella le gusta. La verdad es que la bata de la frutería no le hace justicia. Los lateros chinos saben quiénes somos. Nos conocen. Pero nos guardan el secreto. Ellos también se sienten invadidos por esta manada de atildados barbudos con pantalones pitillo y borsalinos que les quedan pequeños. «¡Muelte a los hipstels!», nos susurra Wang, en voz bajita y levantando el puño, cuando nos ve pasar de puntillas y sigilosos, disfrazados de Phantomas. Un hípster jamás se bebería una cerveza caliente. Nosotros tampoco, pero Wang no lo sabe. Tenemos cada vez más apoyo en el barrio.

## 8

Como siempre es Paquito quien me alerta: «Blas, están haciendo obras al lado de tu tienda». Hace poco Rober ha cerrado su carnicería porque parece que estos hípsters asquerosos solo comen tofu y otras mierdas veganas. No saben apreciar los matices de un buen chuletón o de un cochinito asado abiertito en canal. En menos de quince días, de entre los muros húmedos de la fachada y los restos del mostrador de mármol de la carnicería de Rober, veo surgir una refitolera tienda con un gran escaparate perfilado con hojas de hiedra pintadas en rojo y en verde, como en la vida misma pero más almibarada. Han colocado tarima flotante de color amarillo pastel sobre las baldosas ajedrezadas de la carnicería —hace falta ser hortera y asesino— y cubierto las

paredes con anaqueles de metacrilato. Aún no sé qué van a vender ahí dentro ni quién es el propietario del negocio, pero apostaría por una pizpireta Doris Day. De momento solo oigo los ruidos de la obra. Y me temo lo peor. Casi a la hora de cerrar, Paco y Azucena vienen a distraerme un rato de mis cuitas. Como estoy de un humor de perros —nuestros perros son pastores alemanes o chuchos, los de estos son carlinos, bulldogs franceses o galgos de oenegé—, trazamos un plan para imponerle un correctivo a uno de los nuestros: se ha visto al chico de los recados del ultramarinos dejándose una barbita demasiado cuidada que no llega a teparle sus castizas marcas de viruela. También se ha puesto un gorro negro de *crooner* y se le ha visto entrar en una librería con barra de bar para beber un vino afrutado en maridaje con un poemario ruso —hay que ser gilipollas, profundamente gilipollas— y en una aromática tienda de especias para adquirir unos gramos de rooibos. «A lo mejor estaba malo de la tripa», dice Paco con un mohín. Sea como sea, el chico de los recados se ha ganado una buena soba. Por traidor. Le sorprendemos en una esquina oscura. Paco le agarra de las solapas y yo le inflo a patadas en las espinillas mientras Azu le propina un par de capones. El chico calla, se deja pegar como un pelele, porque sabe que ha obrado mal. Desde su balcón, la momificada habitante del segundo b parece darnos el consentimiento con su media sonrisa.

## 9

Mientras le estoy pasando el plumero a las porcelanas pintadas y a las arañas de cristalinos chupones, a los servilleteros de plata que los padrinos regalaban en los bautizos, a los bargueños, los marcos de fotos analógicas, los baúles, las bandejitas de alpaca y las cuberterías, mis peores sueños se hacen realidad. Tintinea el cascabel colgado en mi

puerta y oigo una voz que también está llena de tilines: «¿Se puede?». Entre la oscuridad, lo veo aparecer y el estómago se me viene a la boca. Nunca había visto en mi vida un hípster más hípster. Me viene a saludar porque es el propietario del negocio de al lado. Para mí, hubiera sido menos violenta una aparición paranormal de Doris Day. El hípster me trae una cajita con tres *cupcakes* como muestra de buena vecindad: «Espero que le gusten». Los *cupcakes* tienen unos colores horriblos —nunca me metería a la boca nada de color lila o azul— y él me trata de usted como si yo fuera un viejo. No sé qué decirle y, desde luego, no entresaco una silla de entre los muebles arrumbados para ofrecerle asiento. «Qué *vintage* todo esto, ¿no?», dice el hípster toqueteando un sacrosanto álbum de cromos y a mí la sangre se me sube a la cabeza: «Mi tienda no es *vintage*, es una tienda de antigüedades». El hípster suelta el álbum, echa un vistazo alrededor e insiste: «Muy retro. Me encanta». Se pone chistoso: «¡Parece que va a salir un muerto de dentro de un baúl!». Es tan divertido que me rasco el mentón y le dedico una sonrisa asquerosa. Absolutamente fingida. A través de la luna de mi escaparate, entreveo un manillar de bicicleta. Nos quedamos los dos de pie mirándonos frente a frente. A él ya se le ha gastado la conversación y yo, echando en falta el olor a carne fresca sobre los mostradores de Rober, sostengo los *cupcakes* como si la palma de mi mano fuese una bandejita. Me acuerdo de las sabias palabras de Azu: «Estomagadita estoy, Blas. Estomagadita». El hípster no le quita ojo a mi guardapolvo azul y yo no puedo darles crédito ni a su corte de pelo ni a su camiseta de tirantes. El hípster dice lo que ha venido a decir: «Soy el dueño del negocio de al lado. Todavía no tengo mi mercancía y por eso le traigo unos pastelillos». Ante mi mutismo, el hípster monologa: «Pero pronto le traeré uno de mis jabones artesanales». No voy a permitir que mi anticuario pierda su olor a polvo y a Joya de Myrurgia para empezar a oler a flores frescas y a rositas de pitiminí. «Espero que sea-

mos buenos vecinos», se despide. Mientras le sostengo la mirada, pienso que hay que convocar una reunión urgente. El hípster sale de mi tienda de antigüedades, sin quitarme ojo, caminando hacia atrás. Yo salgo casi al mismo tiempo y, delante de él, desmigo los *cupcakes* en un alcorque para alimentar a las palomas. A ver si se envenenan.

## 10

Al hípster se le mete el miedo en el cuerpo. Cuando pasa por mi negocio, lo veo escudriñar entre lo oscuro y, cuando por fin me distingue, recula y se marcha como si no hubiese visto nada. Oigo latir más deprisa su corazón. Saco pecho y marco paquete —como si lo que queda dentro no estuviese ya casi dormido— mientras me lo imagino cotilleando sobre mí con otros agradabilísimos hípsteres en reuniones de gente encantadora, que, entre risas histéricas, avanza la hipótesis de que tal vez yo conserve en el sótano el cadáver de mi madre o asesine viejas para robarles las herrumbrosas horquillas de sus joyeros *belle époque* o secuestre vírgenes para quitarles esos ojos que después engarzaré tras las cuencas vacías de mis muñecas de porcelana. Se creen muy cultos estos chicos. Como si nosotros no hubiésemos visto las películas de Hitchcock o leído los cuentos de Edgar Allan Poe.

## 11

Al caer la tarde, Azucena, Paco y yo nos burlamos de los temores de mi vecino. Todo el mundo sabe que soy un perro —pastor alemán, chuchó, setter irlandés— más ladrador que mordedor. Hasta que me provocan. Y eso sucede una mañana en que, sin querer, escucho una conversación aje-